



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2017



Antonio Iturbe

A cielo abierto





Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2017

Antonio Iturbe
A cielo abierto

© Antonio Iturbe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-3225-1

Depósito legal: B. 4.606-2017

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Aeródromo de Le Bourget (París), 1922

Tira de la palanca doble hacia su pecho y el Caudron C.59 se eleva en busca de un rebaño de nubes sobre París. El biplano vibra. El motor Hispano-Suiza resopla. Planea un poco entre la niebla blanca y después tira de la brida metálica y obliga al avión a escalar una montaña de aire hasta hacer la vertical sobre el cielo. El temblor del fuselaje se transmite a sus manos y de ahí a su cuerpo entero. El alférez Saint-Exupéry, embriagado por el vértigo, sonríe con esa satisfacción infinita de los locos, la de los niños cuando están absortos en sus juegos: sin noción del riesgo ni del tiempo, sumergidos en un mundo que sólo les pertenece a ellos porque lo han construido a su medida.

En tierra, el Caudron C.59 es tan sólo una voluminosa pieza de madera de setecientos kilos repleta de tornillería, remaches y soldaduras. Al rodar arrastrando el pesado armazón sobre sus rueditas de bicicleta, resulta de una fragilidad patética: un grandullón de pecho abombado que al echar a correr por la pista traquetera inseguro en sus patas de alambre. Un simple guijarro en su trayectoria lo desequilibraría haciéndolo capotar estrepitosamente. Pero cuando llega al final, sucede el milagro: el pesado armario rodante se despega del suelo, se aúpa sobre la línea del horizonte, se eleva y, de repente, se torna ligero, diestro, incluso grácil en su vuelo de pájaro. Ha burlado a su destino de cachalote varado en un hangar.

Tonio se siente un poco como el propio avión. Su corpa-chón lo hace moverse habitualmente de manera torpe, incluso desgarbada, y su cabeza soñadora, nada dotada para solventar los asuntos más triviales de la vida práctica, lo convierte en tierra firme en un pingüino desorientado que se bambolea, que bracea inútilmente, que no encuentra el mar. Pero allá arriba es otro.

Se hace liviano.

Gira la palanca hacia la izquierda y el avión se escora bruscamente hacia el ala contraria. Sonríe. Ha logrado el sueño de cualquier niño: hacer que los juguetes sean verdaderos y que la verdad sea juego.

Dibuja una trenza en el aire. Le encanta sentir ese estremecimiento vertiginoso y, sobre todo, la sensación de elevarse por encima de la mediocridad. La suya y la del mundo que lo rodea. Notar que deja allá abajo la ramplonería del cuartel y a esos oficiales que gritan hasta que se les inflaman las venas del cuello. Gritar forma parte de la hombría militar.

Unos días atrás, al atravesar el patio de armas, vio a un sargento impartir instrucción a unos reclutas recién llegados: les pedía que a su requerimiento le respondieran inmediatamente: «¡A la orden, mi sargento!». El suboficial señaló a un recluta; en realidad, era casi un niño. «¡Tú!» El muchacho, amedrentado, le contestó un tímido: «A la orden, mi sargento», y el superior, rojo de ira, lo agarró violentamente de la pechera de la guerrera y lo zarandeó mientras le chillaba en la cara: «¡Tú qué clase de hombre eres? ¡Grita más alto! ¡Contesta como un soldado!».

Se alejó, perplejo: lo primero que se pide a unos muchachos para que sean buenos soldados no es que muestren sagacidad, medida o sentido de la estrategia, sino que griten lo más desafortadamente posible. El que más chille recibirá la felicitación del sargento. Y siempre deben responder: «¡A la orden!». Para ser buen soldado, buen patriota, buen ciudadano, buen empleado... hay una consigna infalible: decir siempre «¡a la orden!». No plantearse nada, no preguntarse por qué.

A él le desagradan los gritos. Cuando alguien inocente te mira y tú le gritas, estás talando un árbol que nace. Él sólo eleva la voz alguna noche alegre en la que toma demasiado borgoña o pastís y se arranca a cantar canciones que empiezan risueñas y terminan melancólicas. Cuando se enfada, lo que hace es quedarse callado.

*Qué estéril es decir
lo que ya sabe el silencio...*

El avión cabecea sobre el aire y Tonio también cabecea para darle la razón a Mallarmé. Él mismo, a veces, garabatea versos.

Ha hecho ya mil piruetas, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. La vida siempre le parece un traje demasiado estrecho. Mueve la palanca del combustible y el aparato pierde su impulso hasta detenerse. Un avión que se queda quieto en el aire se convierte en un pedazo de metal atraído imperiosamente por una fuerza de la gravedad violenta. El avión entra en pérdida. Cae en barrena. El picado escalofriante es seguido desde tierra por un pequeño grupo de observadores con un «¡Ohhh!» que quiere ser risueño pero es nervioso porque Tonio está lanzándose hacia el suelo a toda velocidad en uno de esos aviones tan poco fiables. Cuando faltan pocos metros para estrellarse, los espectadores notan que la risa se les congela en la boca. Entonces, Tonio tira del comando brusca y equilibra el Caudron C.59 en un vuelo rasante por encima de un campo de amapolas.

Esa tarde de domingo ha aprovechado la ausencia de la mayoría de los oficiales del 34.º Regimiento para montar su teatrillo aéreo. Su juego predilecto de infancia en aquel casón lleno de recovecos de Saint-Maurice-de-Rémens eran, precisamente, las obras de teatro que él ideaba e interpretaba para sus hermanos: era a la vez el dramaturgo que escribía el libreto y el actor siempre excesivo que lo representaba. Su familia nunca sabía decir si era un niño serio o un bufón, no eran ca-

paces de asegurar cuál era el verdadero Tonio: el que se quedaba las tardes de lluvia ensimismado mirando en el cristal de la ventana las carreras de las gotas sobre el vidrio o el que ponía patas arriba el zaguán y aparecía inesperadamente disfrazado de bucanero o de explorador, declamando a gritos frases disparatadas para diversión de sus hermanas y sus primos.

Él mismo se lo pregunta. ¿Quién es uno mismo? ¿El ser social con cascabeles cosidos a la ropa que uno agita cuando se relaciona con los demás o el ser silencioso, enroscado hacia adentro, en que nos convertimos cuando nos quedamos solos?

Una excesiva vibración del ala lo saca de su ensimismamiento. No debería distraerse mientras pilota, pero en el aire los pensamientos se liberan. Vuelve la cabeza temerariamente durante un par de segundos para tratar de atisbar al grupo de amigos que observa sus acrobacias. Son alfileres clavados en la tierra.

Le encanta divertirlos. Ahí están Charles Sallès, Bertrand de Saussine y Olivier de Vilmorin... Pero, en realidad, cuando encabrita al avión y acomete sus más alocadas piruetas, lo hace para una sola persona, presente en su pensamiento a todas horas.

Rememora la primera vez que su primo lo llevó de visita a la suntuosa casa de la calle de la Chaisse, donde madame De Vilmorin tenía ya entonces uno de los salones intelectuales más elegantes de París. Un mayordomo con rostro de cera los hizo pasar a una sala de sofás capitonés y librerías de nogal, mientras esperaban a que los dos hermanos Vilmorin terminasen de arreglarse para ir juntos a una heladería de los Champs-Élysées. Entonces escuchó la música. Era un violín tocado con una lentitud morosa, el arco pasando por la cuerda muy poco a poco, sin que la nota se apagase del todo. Era una composición que él había tocado con su madre al piano y sus hermanas al violín en la vieja casona de Saint-Mauricede-Rémens, aunque la recordaba más alegre y desenfadada. Interpretada con esa nostalgia, más que una melodía, parecía el eco de una melodía. Las notas estaban tan deshilacha-

das que se quedaban prendidas en el aire. La música saturaba el ambiente, suspendía el tiempo real e imponía otro mucho más acuoso. Si volar nos convierte en pájaros, escuchar música nos transforma en peces, nos sumerge en el fondo del mar.

Las notas que descendían hasta la sala tiraron de él de manera irresistible escaleras arriba. Las piernas se movían solas. La música lo atrajo hasta el tercer piso en un estado de trance. La segunda puerta del pasillo estaba entornada y, tras golpear muy levemente con los nudillos, asomó la cabeza.

Sobre la cama cubierta por una colcha de raso azul, apoyada en varios cojines enormes como globos de colores, tocaba, ensimismada, una muchacha vestida con un pijama morado. Posaba la barbilla tan suavemente en la mentonera que convertía el violín en una almohada. Al lado, sentada en una silla, una gobernanta con cofia blanca clavó los ojos en aquel extraño que se había colado en los aposentos de la joven, y cuando él, avergonzado, iba a articular una disculpa y retirarse, la severa mujer le hizo un gesto con la palma de la mano para que esperase. Se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

Le pareció que entraba en un castillo submarino y se quedó absorto. Hipnotizado en la contemplación del pelo rojo, los ojos verdes, las manos blancas. Tocaba con una parsimonia en la que se mezclaban una cierta desgana y una rara concentración que la hacía mirar con fijeza el extremo del mástil, justo donde sus dedos jugaban a saltar a la comba.

Recuerda cómo rogó fervorosamente al dios de las cosas hermosas que parase el tiempo, que aquella melodía no acabase jamás, que durase la vida entera. Pero los dioses duermen, no son otra cosa que nuestros sueños.

Al finalizar, la gobernanta, la señora Petermann, empezó a aplaudir sin mucho afán y arqueó una ceja conminándolo a hacer lo mismo. Y lo hizo, por supuesto, con unas palmadas tan ruidosas y un fervor tan excesivo que la mujer exhibió una mueca de hastío. Después de dejar cuidadosamente el violín

sobre el estuche que estaba sobre la colcha, la muchacha se volvió y le sonrió. Aquella sonrisa podía detener locomotoras, desvanecer tifones, apagar volcanes. Una sonrisa que podía parar el mundo. Al menos, paró el suyo.

Todos los cronómetros de su vida se pusieron a cero.

—Creo que no nos han presentado... —le dijo ella.

Se ruborizó como si el cabello pelirrojo de la joven se reflejara en su rostro y empezó a tartamudear.

—Le ruego que perdone mi intromisión, señorita. Ha sido la música la que me ha hecho perder la prudencia...

—¿Y usted es...?

—¡Oh, sí, disculpe mi torpeza! Soy Antoine de Saint-Exupéry. Usted debe de ser hermana de Olivier. Yo soy amigo suyo, estudiamos juntos en la Academia Bossuet.

—Yo soy Louise de Vilmorin.

—Lamento haberme presentado de improviso en su habitación. Ya me retiro.

—¡Oh, no se preocupe! Una odiosa enfermedad en los huesos de la cadera me obliga a guardar cama y mi habitación es el salón donde recibo a mis visitas. ¡Me encantan las visitas!

Tonio abrió tanto esos ojos saltones que a punto estuvieron de caérsele rodando por la alfombra.

—¿Podría venir algún día a verla?

—Puede pedir una cita... —le respondió ella con desgana. Pero, ante el rostro de desolación del joven, añadió con una sonrisa coqueta—: O puede colarse durante mis prácticas de música.

Desde el fondo de la casa llegaron voces reclamándolo.

—¡Saint-Ex!, ¿dónde demonios te has metido?

—Su hermano me reclama, debo marcharme. ¡Volveré! —Y, nada más decirlo, su entusiasmo se tornó gesto de preocupación—. Pero... ¿se acordará usted de mí cuando me vuelva a ver? ¿Sabrá que soy yo? ¡Mi rostro es tan corriente!

Ella lo observó con una sonrisa indescifrable que tanto podía significar complacencia como desdén.

—Quién sabe. Soy olvidadiza.

—¡No importa! —se apresuró a contestar—. Yo sí me acordaré de usted, mademoiselle De Vilmorin. ¡Me acordaré por los dos!

En la carlinga, niega con la cabeza y sonrío. Aprieta el balancín con el pie, abre la entrada de la gasolina y mueve el comando para que el avión trace un zigzag en el aire. A los pocos meses de conocerla, tuvo que hacer frente a la obligación del servicio militar y se alistó en el ejército del aire para hacer realidad el viejo sueño de volar. Tras varios traslados, fue destinado a Casablanca, y durante aquel tiempo de aprendizaje e incomodidades, lo acompañó el recuerdo de Loulou, un amor imposible que se fue agigantando en la distancia.

Volver a París destinado al 34.º Regimiento acuartelado en Le Bourget lo alegró por el retorno a una ciudad de teatros, librerías y bulevares, por el rencuentro con sus amigos... pero sobre todo por la oportunidad de volver a la casa de la calle de la Chaisse. Necesitaba volver a ver a aquella muchacha que se recostaba con un violín sobre una colcha azul y parecía que flotara sobre el mar.

En un té en casa de la prima de su madre, Yvonne de Lesrange, Antoine coincidió con uno de los hermanos Vilmorin y le pidió poder ser recibido por su hermana:

—¿Tú también, Saint-Ex? —le preguntó André de Vilmorin con un sarcasmo un tanto teatral, como cuando en las obras escolares se representaba el asesinato de Julio César a manos de su protegido y el emperador se quedaba mirándolo con hondura y le decía: «¿Tú también, Bruto, hijo mío?».

André estaba cansado de ver cómo todos sus amigos balbuceaban de manera patética y entraban en trance al conocer a su hermana, hasta acabar haciendo cola en la salita de las visitas con la ilusa esperanza de mendigar unas migajas de atención de aquella muchacha que se dejaba admirar, agasajar e idolatrar sin perder la sonrisa entre irónica y enigmática con la que despedía a sus rendidos pretendientes en cuanto llegaba la hora de lectura o de música o cuando simplemente se cansaba de su presencia.

Después de recordárselo un par de veces más a André, cuando ya no pensaba que fuera posible, un jueves por la mañana vino un soldado raso a la oficina donde Tonio garabateaba versos en las horas libres, a traerle una nota. En ella, André lo invitaba a tomar el té con su hermana y otros amigos al día siguiente a las tres y media. Mientras él terminaba de leer el papel y daba un salto sobre la silla como si tuviera un resorte, el soldado, muy novato, seguía clavado en posición de firmes esperando medroso a que se le autorizara a irse.

—¿Ordena alguna cosa más, mi alférez?

—Desde luego...

El muchacho esperó expectante.

—¡Le ordeno que ame la vida!

Al día siguiente casi no comió, más bien mareó los fideos en el plato, que dejó casi intacto. Se arregló con el máximo esmero: se puso su único traje, que había logrado que le planchasen en la lavandería del cuartel a cambio de medio paquete de cigarrillos, y arregló cuidadosamente su tupé, bien levantado con fijador. Salió con antelación hacia la casa de los Vilmorin porque necesitaba flores, muchas flores, las mejores flores de Francia. Le habría gustado ser el rey merovingio Childeberto, que construyó un jardín de rosas entero para la reina en el centro de París. Louise de Vilmorin no se merecía menos.

Caminó hasta una floristería muy señorial de la Rue Chartron, cerca de Notre-Dame, que tenía un escaparate tan fantástico como el de una confitería. Le encantaba aquel olor dulzón a parque botánico en aquella elegante peluquería de flores donde las tenazas cortaban el flequillo de las rosas.

Pidió un gran ramo de orquídeas. Cuando la dependienta le dijo el precio, la realidad demolió todas sus fabulaciones. Ese mes su madre le había pagado la letra del abrigo que había comprado a plazos el pasado invierno y de la paga militar apenas había conseguido estirar unas pocas monedas hasta final de mes. Sin poder disimular su embarazo, le dijo a la dependienta que lo había pensado mejor. En la calle, resopló,

abatido. Había sido el hombre más feliz del mundo durante veinticuatro horas y ya volvía a ser el más desgraciado.

Al llegar a la esquina se le ocurrió que no quedaba lejos el Mercado de las Flores, en la Isla de la Cité. Se apresuró hasta allí con ánimo renovado. Recuerda fascinado aquel gran invernadero con aire de estación ferroviaria y olor a musgo repleto de herramientas de jardinería y plantas de los más variados tipos en medio del bullicio de carretilleros del mercado de abastos y soldados de permiso que compraban ramilletes a las modistillas de la orilla derecha del Sena.

Salió de allí con un pequeño ramillete de lilas, humilde pero hermoso.

Tiene la misma frescura que Louise..., pensó.

El mayordomo, vestido con un chaleco de franjas doradas, le abrió la puerta con profesional indiferencia y contestó a la amplia sonrisa ilusionada del joven del sombrero y el ramillete en la mano con una rutinaria inclinación de cabeza. Le señaló con la mano enguantada una habitación contigua y, al entrar, se llevó una desagradable sorpresa: había dos jóvenes más. Le vino a la cabeza la expresión hastiada de André al pedir ser recibido por su hermana. Tenía razón. ¡Había cola para cortejar a Louise de Vilmorin! Los dos caballeros, vestidos de manera impecable —uno con traje azul de mil rayas y el otro con un traje claro y sombrero panamá, acicalados para la ocasión—, llevaban también presentes: uno traía un búcaro dorado repleto de flores exóticas de colores y el otro portaba bajo el brazo una caja enorme de dulces con el anagrama de Dalloyau, una exquisita pastelería de la Rue Faubourg Saint-Honoré con las mejores pastas de chantillí de París.

Antes de que lo vieran, escondió su ramillete detrás de la espalda. Ya no le parecía tan fresco, sino vulgar, absolutamente impropio para una muchacha refinada como Louise de Vilmorin. Saludó a los dos muy cortés y permaneció de pie apoyado en el quicio de la puerta con la pegajosa sensación de ser un polizón y de que, en cualquier momento, sería arrojado

por la borda. Es verdad que su familia pertenecía a la vieja aristocracia de Lyon y que había pasado la infancia en un pequeño castillo de mil puertas. Demasiadas puertas para tan poca calefacción. Se sintió ridículo con su título de conde arruinado. De repente, odió sus flores baratas. Las apretó aún más fuerte hasta escachar sus tallos indefensos.

El mayordomo les anunció que la señorita De Vilmorin los esperaba en su habitación, y allí subieron los tres en peregrinación. Tonio los dejó ir delante y, cuando no miraban, estrujó las flores dentro del bolsillo de la americana y se dio media vuelta para marcharse de la casa, cuando aún estaba a tiempo de evitar hacer el ridículo. Pero al volverse vio que los seguía el mayordomo con su rostro de esfinge y que tenía puesto el peso de sus ojos sobre él con una indiferencia de mármol. Tonio le hizo una ligera inclinación a modo de saludo y continuó hacia arriba tras los otros dos.

Louise estaba sentada en la cama, con la espalda contra el cabezal y dos enormes cojines a modo de reposabrazos. Había algo en ella que escapa a las palabras. Su belleza no estaba estrictamente en su rostro, tampoco en su pelo rebelde ni en su talle esbelto. Era su ingravidez. Había algo en ella que la hacía flotar por encima de las cosas.

El muchacho del traje azul se acercó con una sonrisa triunfal para entregarle el pesado búcaro pletórico de lazos, cintas y flores. En vez de estirar los brazos para cogerlo, ella le dijo un «gracias» que tanto podría ser educado como indiferente, y se volvió hacia la señora Petermann, que se acercó a recibirlo con cara de fastidio, para depositarlo sobre la mesilla junto a dos jarrones de flores bastante similares. El otro caballero se acercó a darle los dulces, ella le sonrió igualmente un instante y le dio las gracias. Sin hacer el más mínimo ademán de tomar la caja con el gran lazo malva, miró a la gobernanta, que tomó el paquete. Louise se apoyó en un codo para ver al tercer visitante, que parecía ocultarse detrás de los otros dos, y proceder al protocolo de recibir su regalo.

—¿Juega usted al escondite inglés?

Tonio se puso un poco colorado y dio un par de pasos al frente.

—¡Ah, es usted! El conde Saint... ¿Saint qué?

—¡Saint-Exupéry! ¡Qué bien que me recuerde después de tanto tiempo!

Ella miró hacia sus manos vacías y él las introdujo apresuradamente en los bolsillos de la americana. Las palabras le salieron aturulladas:

—Yo quería haberle traído un presente, pero...

Al querer gesticular, el nerviosismo hizo que sacara de golpe las manos de los bolsillos, y con el movimiento de sus zarpas de gigante salió volando una lluvia de pétalos de lila. Se esparcieron por la habitación hasta crear una nube que quedó suspendida un instante en el aire y luego fue posándose suavemente, como una nevada púrpura sobre la colcha.

Por primera vez, Louise cambió su gesto apático por otro de asombro.

—¿Es usted prestidigitador? —le preguntó.

—Lo siento... —balbuceó Tonio.

—No lo sienta —le dijo Louise con un brillo que hacía que sus ojos fueran aún más verdes—, a mí me encantan los magos.

—En Casablanca, un cabo de la escuadrilla me enseñó algunos trucos de cartas.

—¡Pues háganos una demostración!

—Es que... no tengo baraja.

—Señora Petermann, ¿podría ir usted a buscar una baraja?

—Señorita, sabe que tengo órdenes de la señora Vilmorin de no dejarla a solas con caballeros.

Louise, acostumbrada a mandar, se dirigió a los otros dos, que observaban la conversación como convidados de piedra.

—¿Por qué no van ustedes en busca del señor Dupont, el mayordomo, y le piden que traiga unos naipes del salón de *bridge*?

Reducidos a la condición de secretarios, los dos jóvenes salieron cabizbajos de la habitación y regresaron resignados,

seguidos del mayordomo, que traía una baraja en una bandeja de plata.

Tonio hizo los juegos de manos. Adivinó la carta que ella depositó en medio del mazo y repitió el juego con uno de los caballeros, que colaboró con gesto de resignación.

—¿Sabe usted más magia? —le preguntó ella, cansada de los juegos de cartas. Tonio estaba ya eufórico.

—Conozco la de Mallarmé... ¡Hace magia con las palabras!

—Dígame una cosa... ¿qué opina de Baudelaire?

—Que es capaz de lo más sublime y de lo más grotesco.

—¿Por qué no me lo explica mejor?

Su sonrisa estaba llena de promesas.

Ojalá Loulou pudiera contemplar sus proezas aéreas esa tarde de domingo, pero su cadera no está del todo bien por culpa de la coxalgia y debe guardar reposo un tiempo más. Hace acrobacias para no dejar de asombrarla. ¡Ella no soporta el aburrimiento! Con una inconsciencia feliz, hace de trapealista sobre el cielo de París.

Al tomar tierra, se desembaraza lo antes posible de las gafas y el mono militar que se ha puesto encima de la camisa y los pantalones de domingo. Se va arreglando apresuradamente la corbata mientras camina hacia el grupo por el lateral de la pista. Sallès da unas zancadas hacia él con los brazos abiertos.

—¡Saint-Ex, has estado grandioso! —Y lo agarra por el hombro con camaradería—. ¡Salud a un as de la aviación!

Bertrand de Saussine aplaude y silba, y él corresponde con una reverencia exagerada. Sin embargo, Olivier de Vilmorin, impecable con su americana inglesa de *tweed* y su corbata de seda, permanece con los brazos cruzados y el gesto severo.

—¡Hay que celebrarlo! —grita Sallès. Pero Vilmorin no mueve un solo músculo. Tonio se da cuenta de que algo no va bien y mira a su amigo y futuro cuñado a los ojos.

—¿Qué pasa, Olivier? ¿Por qué estás tan serio?

El pequeño de los hermanos Vilmorin suspira.

—Son esos vuelos tuyos...

—¡Estuve bien! ¿A que sí? La última trazada con el *looping* de trescientos sesenta grados era una «L»... ¿Lo visteis? ¡Era la «L» de Louise! ¡La hice en su honor! ¡Ojalá hubiera podido verlo! ¿Se lo contarás a tu hermana? ¡Debes decírselo, a mí no me creerá!

—No deberías hacer eso.

El tono áspero le causa extrañeza.

—¿Qué es lo que no debería hacer?

—Esas locuras. ¿No te das cuenta? ¡Te vas a matar cualquier día!

Tonio lo toma del brazo con ternura...

—Olivier, no debes sufrir por mí. Piensa que un piloto que muere en vuelo llega al cielo antes. ¡Ya tiene la mitad del camino hecho! —le responde entre risas.

Pero el gesto de Olivier se endurece aún más.

—¡Para ti no es más que un juego! ¡Eres muy egoísta! Tus piruetas de gran aviador... ¿Y qué hay de mi hermana? ¿Qué futuro le espera? ¿Ser viuda con menos de treinta años?

Entonces es Tonio quien se queda serio. Bertrand trata de quitar hierro al asunto.

—¡Vamos, Olivier! Saint-Ex sabe lo que se trae entre manos..., ¿verdad? —Y mira a Sallès estirando su barbilla puntiaguda hacia él, esperando una ratificación que no llega.

Charles Sallès hace un gesto ambiguo: una vez voló con Tonio y la precaución no le pareció una de sus principales virtudes como piloto: soltaba los comandos y se ponía a simular que tocaba las maracas mientras cantaba una samba desafiada.

Tonio se ha quedado en silencio. Le sucede a veces: de repente, las luces se apagan. Vilmorin se vuelve hacia Bertrand y su tono se suaviza, como lamentando haber lastimado a su amigo. Le habla a Bertrand, pero es a Tonio a quien dirige sus palabras.

—Mi madre está preocupada. ¿Sabes cómo lo llaman mis hermanos mayores?

—No...

—El condenado a muerte.

Los Vilmorin son una fortaleza familiar. Descienden de Juana de Arco, son aristócratas y millonarios. ¿Y quién es ese Antoine de Saint-Exupéry? Es cierto que tiene un apellido rimbombante e incluso un título de conde, que a él le da apuro utilizar. Pero es un aristócrata de provincias, huérfano de padre, pobre de solemnidad, al que sólo se le conoce un traje de invierno y otro de verano con brillos en los codos, que cumple el servicio militar en las Fuerzas Aéreas y que dice querer dedicarse a una profesión tan improductiva como inútilmente arriesgada: aviador. Olivier sabe que su madre está preocupada por ese novio que se ha buscado su hija, cuando podría tener rendidos a sus pies a futuros abogados del Estado, hijos de ministros o herederos de las principales fortunas de Francia que han peregrinado hasta la casa de la calle de la Chaisse para conquistarla. Ella los ha barrido con desdén y ha elegido a ese joven desgarbado sin nada que ofrecer. ¡Los dichosos caprichos de Louise!

Charles Sallès interviene con su jovialidad habitual para aliviar el silencio.

—¡Si Saint-Ex es un condenado a muerte, tiene derecho a una última cena! ¡Celebrémosla en el Café des Deux Magots!

Tonio sale de su letargo.

—¡Buena idea! ¡Vayamos a visitar a esos dos viejos magos chinos! ¡Invito yo! —grita feliz.

Justo al decirlo se ha dado cuenta de que en la cartera tan sólo le quedan unos pocos francos para pasar el mes, pero, en ese momento, eso carece de importancia. Puede llegar al día 30 comiendo y cenando el rancho del cuartel y, en caso de necesidad, siempre le puede pedir algo de dinero a su madre, que trabaja en Lyon como enfermera, y devolvérselo al cobrar la paga.

Olivier de Vilmorin mantiene su gesto de reprobación.

—Siempre hay demasiada gente. ¿Por qué ir hasta allí?

—¡Porque el Café des Deux Magots es el templo del dios tabaco! ¡Eso dijo Théophile Gautier! Y nosotros somos sumos sacerdotes de esa religión.

Para subrayarlo, se saca del bolsillo un cigarrillo, lo enciende con delectación y lanza una profunda bocanada al cielo de manera teatral. Bertrand y Sallès ríen la ocurrencia, pero Olivier continúa reticente. Tonio saca un cigarrillo y se lo ofrece.

—Una vez leí un reportaje que decía que los indios americanos sellan sus tratados de amistad fumando. ¿Acaso no somos grandes amigos? ¿Acaso no somos indios? ¡Fumemos!

Olivier de Vilmorin se da por vencido y sonríe. Tonio se acerca a él y lo abraza.

Montmartre es el barrio de los pintores y escultores, pero el territorio de los escritores está entre el Barrio Latino y Saint-Germain. Por eso Sallès, para desatascar el momento sombrío a pie de pista, ha propuesto ese café en el corazón de Saint-Germain-des-Prés, un lugar que, para Tonio y para la propia Louise, que también escribe poemas, tiene un magnetismo irresistible. Mientras cruzan el Sena por el Pont Neuf a bordo del Citroën B14 de los Saussine, Tonio les ha contado lo mismo que les cuenta cada vez que van allí: fueron clientes habituales Mallarmé, Oscar Wilde, Apollinaire...

—Pero sobre todo Verlaine..., ¡era el Sócrates del Deux Magots!

Aunque todos se lo han oído contar muchas veces, lo escuchan con agrado. Saben que, mientras Tonio habla, todo va bien. Tiene una especial capacidad para relatar las cosas, un poder de seducción que hace que sus anécdotas de piloto se conviertan en relatos fascinantes.

Aunque la primavera todavía no ha conseguido caldear París, la terraza del café está repleta de gente que toma sus consumiciones sin despojarse de los abrigos y las gabardinas. Los cuatro saludan al camarero ataviado con un mandilón hasta los tobillos y se aposentan en la mesa bajo una de las dos figuras de los magos chinos que dan nombre al local. Cada vez que entran allí, alguien se pregunta quién demonios serían esos dos venerables ancianos orientales que presiden el café. Cuando, cincuenta años atrás, el antiguo propietario de-

cidio cambiar el negocio de tejidos y confección por el establecimiento de hostelería, conservó las enigmáticas figuras de los dos chinos en actitud meditativa. Nadie recordaba ya cómo habían llegado hasta allí ni cuál era su significado. A Tonio le encanta el juego de inventarles una biografía.

—Yo digo que eran los enlaces comerciales de Marco Polo en la China cuando viajaba en busca de seda y telas de Oriente. ¿Qué decís?

—Pero, si sólo eran comerciantes de telas, ¿por qué los iban a llamar magos?

—Yo digo que se trata de dos maestros del Si-Fan —aventura Sallès.

—¿Si-Fan? ¿Qué demonios es eso?

—¿Cómo? ¿No habéis leído las novelas de Fu-Manchú? Pues andaos con ojo con el peligro amarillo, porque su sociedad secreta del Si-Fan se infiltra silenciosamente en todas partes. Sus miembros son asesinos que se mueven como sombras, entrenados para matar de la manera más rápida, implacable y silenciosa.

—Tienes que leer cosas serias, Charles —le reprocha Bertrand.

—¡Eso es una atrocidad! —Tonio no puede evitar afirmarlo con excesiva vehemencia, a la vez que se levanta de la silla y golpea la mesa—. ¿Cómo se puede pedir que la literatura sea seria? ¿Baudelaire es serio cuando habla de su barco ebrio? ¡Si la literatura es seria se convierte en un acta notarial! ¡Las palabras no son los números de esas modernas máquinas sumadoras!

Lo ha dicho de manera tan violenta que se hace un silencio embarazoso. Los clientes los miran desde las otras mesas y Tonio se siente avergonzado. Olivier cambia de tema y los otros siguen jovialmente sus disquisiciones sobre los nuevos planes de urbanización de la orilla izquierda del Sena. Pero Tonio se ha quedado taciturno. Se disculpa diciendo que sale un momento a tomar el aire, que allí dentro hay demasiado humo.

En realidad, no necesita aire, lo que necesita es quedarse solo. Afuera, todos los veladores de la terraza están vacíos con ese lánguido desamparo de las tardes de domingo en las que anochece sin avisar. Se sube el cuello de la americana y se enciende un cigarrillo tratando de calentarse con la brasa. El tráfico ha disminuido por el bulevar, apenas quedan peatones y algunos transeúntes caminan apresuradamente con las manos hundidas en los bolsillos. Un aire frío levanta los faldones de las chaquetas. Un hombre muy mayor vestido con un viejo chaquetón de dril y apoyado en un bastón delgado y muy alargado, que a él le parece una lanza zulú, observa atentamente algo que no atina a saber qué es. El hombre, que se percata de su mirada curiosa, se vuelve hacia él.

—¿No le parece extraordinario?

Mira hacia delante y sólo ve la acera vacía, algunos coches y un ciclista que cruza de perfil.

—¿Qué hay de extraordinario?

—¡El farol!

Entonces se da cuenta: la gorra, el chaquetón de dril y ese palo que en realidad es una pértiga, que en otro tiempo debía de llevar una mecha en la punta.

—¿Es usted farolero?

—Sí, señor.

—Pero hace años que no hay faroles de gas en París.

Entonces el hombre tuerce el gesto.

—Y bien que lo lamento. ¿Sabe una cosa? Cuando estaba en activo, muchas veces el trabajo me resultaba agotador y sólo pensaba en llegar a casa y dormir. El farolero era el último en irse a la cama para encender todas las luces por la noche y el primero en levantarse al filo del amanecer para volver a apagarlas.

—Encender y apagar...

—Eso es.

—¿Y no era un trabajo aburrido?

El hombre se queda mirándolo con una sincera perplejidad.

—¿Aburrido? ¡Qué idea tan extraña!

—Me refiero a si no se hacía repetitivo.

—Sí, repetitivo, claro. Así tenía que ser. Primero un farol y después otro, y otro más. Primero una calle y luego otra, y otra, y otra. Y así...

—¿Y eso no le resultaba tedioso?

—¿Tedioso? No entiendo qué quiere decir. Era mi trabajo, tenía una misión: encender la luz y apagarla. Si yo no hubiera encendido la luz cada noche, alguien podría haber caído en un socavón y partirse las piernas o algo peor; un matrimonio honesto podría haber sido asaltado sin que nadie se diera cuenta. Yo era el responsable de la luz. Primero un farol, después otro, y otro más. Y así. Y al amanecer, el camino a la inversa: apagar una, después otra y luego otra más...

—Pero ahora que ya está jubilado y que los faroles funcionan con electricidad debería estar feliz: ahora puede dormir todo el tiempo que quiera.

—No, ahora me doy cuenta de lo feliz que era cuando recorría la ciudad. Primero un farol y luego otro, y después otro más..., y así.

—¿Y qué hace a estas horas por aquí?

—Sigo recorriendo la ciudad y vigilo que todos los faroles funcionen. Si hay alguna bombilla fundida o si un gamberro ha roto alguna, tomo nota en una libreta y por la mañana informo en el Ayuntamiento para que la reparen.

—¿Y le hacen caso?

El hombre se entristece.

—Raramente.

Tonio siente el deseo de levantarse y abrazarlo, pero se contiene porque en la escuela le enseñaron las normas de urbanidad y de pudor, entre las cuales figura el no abrazar a desconocidos por la calle en plena noche. No recuerda si en aquel libro de buenas costumbres se hacía alguna excepción con los faroleros. En Francia nadie se inquieta si ve a dos hombres pelearse en la calle, pero muchos se escandalizan si ven a dos hombres abrazarse.

Le agradecería decirle a ese hombre de barba blanca que camina con esa vara de pastor de luces que en realidad era un jardinero, porque regaba farolas y las hacía florecer a su paso una detrás de otra.

—Voy a seguir mi ronda.

—Señor farolero...

—Dígame.

—Si me lo permite, me gustaría ser su amigo.